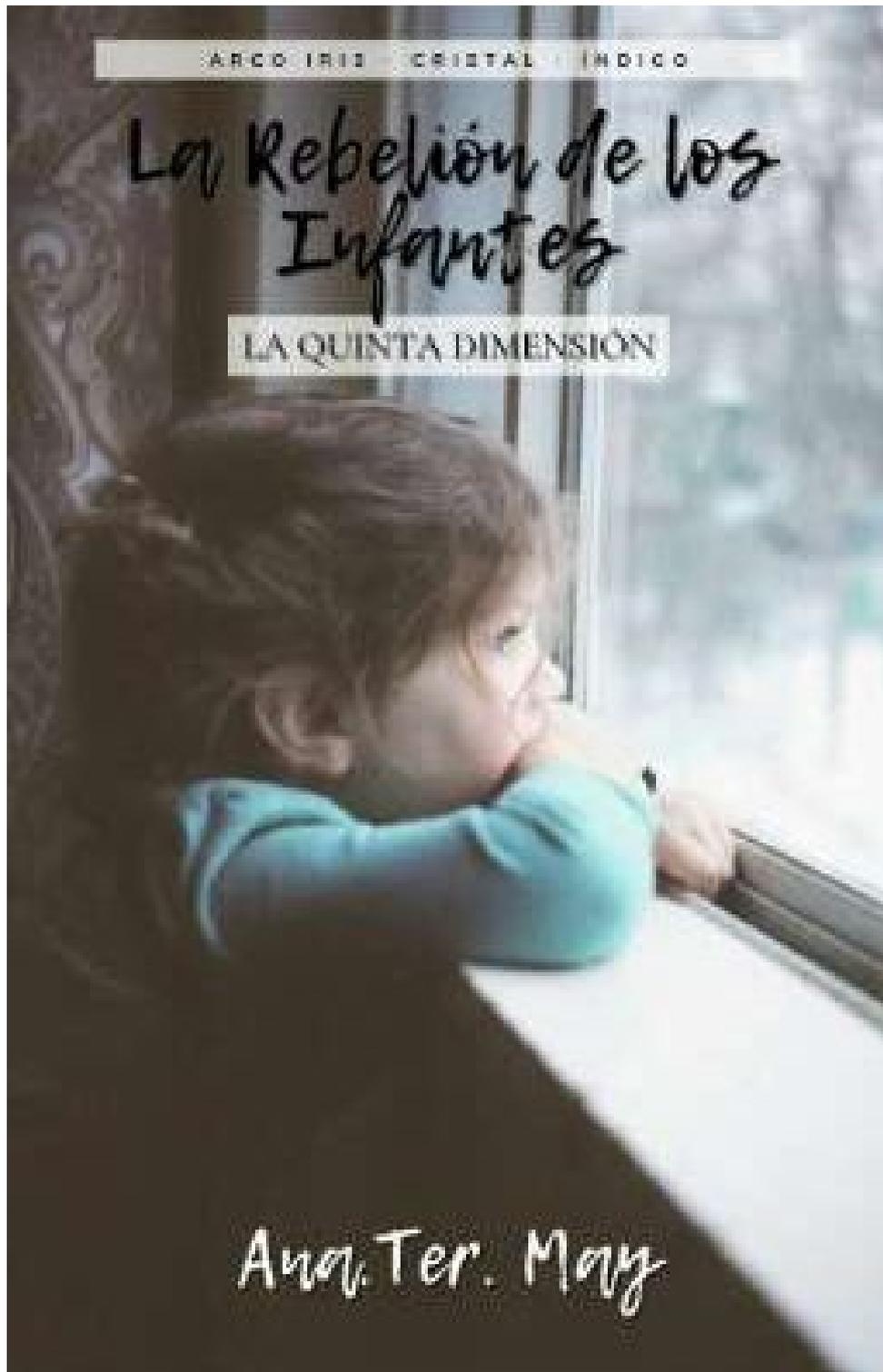


# La Rebelión de los Infantes

AnaTerMay (Ana Ternero Mayorga)



## Capítulo 1

Alberto siempre ha tenido un sueño ligero. Despertaba a su mujer con sus desvelos dos de cada diez noches. Ahora, cuando despega los párpados, se encuentra en una cama vacía.

El pobre anciano cayó en la tristeza cuando se marchó Martina, su esposa. No es que destacara por ser el hombre más cariñoso del mundo, pero la quería a su manera. Ella siempre lo supo.

Él vive en un cortijo a las afueras de Trujillo. Éste no es ya ni una sombra de lo que fue. El ánimo decaído de Alberto se tradujo en un debilitamiento de su salud. Apenas puede encargarse de las gallinas y está convencido de que sus hijos quieren mandarlo a una residencia con otros viejos, como dice él.

Conoce bien los estragos de la despoblación rural. Uno de sus hijos se mudó a Cáceres y, el otro, a no sabe qué ciudad de Luxemburgo. La cuestión es que los dos han hecho su vida fuera del pueblo y ya apenas lo visitan en fechas señaladas.

El hombre está sentado en el sillón haciendo que ve un programa de la televisión. Lo cierto es que tiene la mente en otro lado. Como cada noche, recapacita la idea de ir a una residencia. Trata de convencerse de que no es tan horrible.

—Es normal que no quieran hacerse cargo de un viejo chocho —se repite.

Alguien llama a la puerta. Alberto tiene que hacer un esfuerzo para alcanzar el bastón, que cayó al suelo al poco de sentarse, y levantarse. Le pesa tanto el cuerpo que avanza arrastrando los pies hasta la puerta.

A un metro y medio de la entrada, un terror le invade los sentidos. Su voz suena temblorosa.

—¿Sí?

—Buenas noches, Señor. Nos hemos perdido. ¿Tiene un teléfono para llamar a nuestros padres?

Lucha contra su reticencia y se aproxima a la ventanita para curiosear al otro lado. Dos niños encapuchados con chaquetas de otro tiempo aguardan al otro lado. Alberto tan solo distingue sus bocas.

—¿Cómo os habéis perdido?

—No lo sé, señor. Echábamos un paseo por el campo y se nos hizo de noche. ¿Podemos entrar para llamar a nuestros padres, por favor?

Algo le dice a Alberto que no abra la puerta, pero ¿qué le van a hacer un par de críos? Aprecia un movimiento unos metros más allá. Sacude la cabeza pensando que se tratará de un pájaro.

—Esperad un momento —les pide Alberto.

Arrastra los pies hasta el salón para tomar el móvil que le regalaron sus hijos. Siempre lo tiene cerca por si le llaman, aunque muchos días no lo hacen. Vuelve a la entrada con él y abre la puerta.

—Aquí tenéis.

El más alto de los muchachos, no tendrá los doce años, toma el móvil de sus manos y se aleja unos pasos tecleando.

—Gracias, señor. Nuestros padres no tardarán en llegar.

Entonces, el chico que tiene enfrente alza la cabeza y revela unos glóbulos oculares completamente negros. Alberto cierra de un portazo cuando hace amago de entrar y ve por la ventanilla al niño inmóvil. Detrás, un alargado señor trajeado sin...

Sin cara.

Asustado, el anciano cae al suelo y suena un crack. *La cadera*. Pero había dado el móvil. ¿Qué hará ahora? Las luces se apagan y nota un líquido deslizarse desde su nariz hacia sus labios. Sangre.

## Capítulo 2

Berta se despierta incorporándose y tomando una profunda bocanada de aire. Ha tenido un mal sueño. La peor de las pesadillas. Se coge el pecho jadeando. Sus sueños tienden a hacerse realidad desde que cumplió cinco años, para bien y para mal. Bendice los días que se limitan a cosas banales, como cruzarse con algún conocido.

Esta vez, las imágenes fueron de lo más desagradables. Tanto que no consigue recordarlas al poner el pie en el suelo frío. Se levanta frotándose los ojos directa a por el primer café de la mañana. Es consciente de que algo va mal.

Ángela la llama al teléfono.

—Tía, he tenido un sueño de locos...

—¡Pon las noticias! —la interrumpe Ángela a gritos. Por poco la escucha sin necesitar el teléfono—. ¡Ahora!

Con el móvil pegado a la oreja, busca el mando de la televisión por el sofá y la enciende. Pulsa el número tres y lee el titular: *encuentran a un hombre con la cadera y la nariz rota en la entrada de su casa.*

—Pudo ser un accidente, Ángela.

—¿Seguro? Sigue escuchando.

*Una mujer denuncia el allanamiento de dos jóvenes encapuchados.*

*La policía investiga la desaparición de dos jóvenes encapuchados sin identificar. Son sospechosos de provocar una colisión en cadena en la A-4 con dirección a Madrid.*

*Un vecino informa sobre la presencia de dos jóvenes encapuchados que expiaban tras la ventana de su casa.*

*... Más noticias en nuestra web.*

*... A 20 de mayo de 2022.*

—¿Los niños de ojos negros?

—Eso parece. Se están desatando por toda España.

Berta se deja caer en el sofá y resopla. No pinta nada bien. Las pocas ganas de ir a trabajar se desvanecen. Es psicóloga en un centro para

adultos con excepcionales cocientes intelectuales de entre cuarenta y cinco y setenta años. Muchos de ellos padecen también trastorno de déficit de atención e hiperactividad, asimismo denominado por las siglas TDAH. Son personas especiales que merecen un trato y una atención personalizadas. Berta no se siente en condiciones de darla.

—He tenido un sueño movido esta noche —consigue hablar al fin—. Es raro, pero no lo recuerdo.

—¿Tan jodido era lo que viste?

—Sí. Me desperté como si no hubiese respirado durante horas.

Silencio por la línea. Pulsa el mute en el mando.

—Reconozco que hace semanas que no tengo un sueño lúcido. Me estaban dejando agotada. Intentaré indagar esta noche, aunque yo de ti llamaba a Julia para que intente acceder a ese sueño.

—Es muy probable que se repita, pero se lo diré.

La voz de Berta suena ronca. El café no surte el efecto esperado. Le preocupa de verdad no haber respirado en un buen rato. Se pregunta si guarda relación con las noticias y la teoría de Ángela.

—Lo que nos faltaba después de la pandemia.

—Pues sí, Berta. Tampoco me extrañaría que tuviera algo que ver una cosa con la otra. Están pasando cosas muy raras desde hace años. ¿Cuánto llevamos diciéndolo las tres?

Berta conoció a Julia y a Ángela en la facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid. Al terminar sus estudios, decidió mudarse a Andújar.

Ángela se compró una casita de campo a las afueras de Toledo. Disfruta con su huerto y su espacio sagrado. Todas las tardes va a su pequeña oficina en la capital, donde atiende a sus clientes. Se ha especializado en personas de alta sensibilidad, una condición que se lleva estudiando pocos años. Desde el 2010, para ser más específicos. Trata a personas de entre doce y cuarenta y cuatro años para hacer sus vidas más fáciles, ya que son susceptibles a saturarse y agobiarse. Tan sensitivos que los mínimos detalles los pueden alterar.

En cuanto a Julia, ella se quedó en el piso que compartían durante el último curso con su pareja. Su capacidad para llegar al sueño colectivo la ha anclado en la ciudad. A Berta y a Ángela la saturan las multitudes, pero Julia las disfruta y suele dejarse perder entre la gente. Es la más

extrovertida de las tres. Quizás por eso es la única con pareja, aunque Berta es feliz con su gato y su perro y Ángela mordería la mano a quien pisase su campo.

Julia trabaja con niños de entre tres y doce años. Tiene una mano especial con ellos y sabe ganárselos. Es raro el día que no le visita alguno para conversar con ella. Parece la hermana mayor de esos chiquillos y Ángela siempre alucina cuando la visita.

En realidad, las tres no han hecho más que especializarse en tres generaciones concretas. Era la intención cuando se graduaron. Berta se encargaría de conectar con personas índigo, un grupo inconformista que disfruta rompiendo las reglas; Ángela con los cristal, frágiles y sensibles, que empatizan en profundidad con todos los seres humanos y animales; Julia con los arcoiris, los más jóvenes, que llegan con una sonrisa en la cara iluminando allá por donde pasan. Tres generaciones que vienen a cambiar la mentalidad de la Humanidad, tan cerrada de mollera como siempre.

La situación se complicó con los tres meses de confinamiento y ahora las noticias no paran de hacer referencia a jóvenes encapuchados que actúan en pareja y levantan las sospechas de la gente.

En las películas, todo comienza en Estados Unidos y sabes que, antes de llegar a España, ha caído la Torre Eiffel, el Vaticano y la estatua de la Libertad. El covid se desató en China; la guerra, en Ucrania. Sin embargo, la oleada de niños paranormales que nadie identifica tiene que darse en este país.

—Veremos esta noche. Mañana hablamos por vídeo-llamada en Discord.

—¡Avisa a Julia!

—Que sí, venga. Al final voy a llegar tarde al trabajo. ¡Besos!

Berta cuelga el teléfono al oír los muac-muac-muac de Ángela, se ducha y se desenreda el pelo frente al espejo evitando mirarse. Ya se conoce bien. Metro sesenta y ocho, piel bronceada tirando a blanco lechoso y cabello rubio cenizo que la haría pasar por guiri si no fuera por sus grandes ojos marrones. Medidas 87-68-90. Labios finos como dos papeles de fumar bajo una nariz respingona que odia.

Suelta el cepillo de mala gana y va a la habitación, frente al armario. Tarda unos segundos en aburrirse y coge lo primero que pilla. Unos vaqueros y los botines negros con una blusa turquesa y ¡a volar! Se viste y vuelve al servicio a maquillarse lo justo para esconder su cara de zombie, coge el bolso a la entrada con las llaves y a conducir hasta la

asociación. ¡Qué ganas!, ironiza para sí misma.

...

Julia sale de casa con la lengua fuera como todos los días tras dar un pico de despedida a su novio. Sube al coche y cruza los dedos para que el tráfico no esté colapsado y pueda parar a comprar un café para llevar. Tiene veinte minutos para llegar al colegio. Sin duda, cuenta con un poder extraordinario para ser puntual.

No es que se quede dormida por las mañanas. De eso nada. El despertador siempre suena y ella responde a la llamada en busca de un café. Después se tira horas frente al espejo maquillándose y peinándose.

Así sale de casa siempre con su pelo oscuro y largo perfecto, un día con hondas sueltas, otro con peinados más elaborados... Como está bronceada y con la piel limpia gracias a los tónicos y preparados que se hace ella misma, apenas necesita corrector. De todos modos, se asegura de que su nariz esté perfilada, sus gruesos labios adopten el tono rosa chicle que le gusta y sus ojos negros luzcan unas enormes pestañas negras bajo sus párpados caídos. Eso sin quitar el rato que dedica a peinar las cejas.

Si no dedica un buen tiempo frente al armario pensando en el outfit del día es porque ya lo ha hecho el noche anterior. Su novio se ha aburrido de verla horas frente al armario. Hace tiempo dejó de repetirle que todo lo que se ponga le queda bien. Como imaginarás, ella siempre ha hecho oídos sordos.

Ahora conduce tratando de mantener la compostura. Aprovecha el trayecto para analizar los sueños que ha tenido por la noche. Nada parece destacable.

Una caravana le obliga a pararse y resopla. Le entra una llamada de Berta y descuelga pensando que al menos se distraerá un rato.

—¡Buenos días, Berta!

—¿Qué tal la noche, Julia?

—Nada relevante. ¿La tuya?

—Por eso te llamaba. El sueño ha sido tan agitado que ni consigo recordarlo. Me he despertado como si hubiese estado un buen rato sin respirar.

Julia se remueve en el asiento del coche y desliza las manos entorno al

volante.

—¿Sigues ahí, Julia?

—Sí, sí. Esta noche lo miramos.

—Sí y mañana video-llamada con Ángela. Es importante. Te dejo que llego tarde. ¡Pon la radio!

—Que te vaya bien.

—¡Y a ti! ¡Chao!

Berta cuelga y Julia enciende la radio. Salta los 40Urban Fm, la emisora que suele dejar para la vuelta a casa. Busca las noticias y se acomoda de nuevo en el asiento. Se le va cortando el aliento conforme escucha las noticias.

*... niños en pareja*

*... por la noche*

*... visten raro, como de otra época.*

—¡No, no, no! Esto no puede estar pasando.

Cambia varias veces de emisora y lo mismo. En todas hablan de niños que se han aparecido en pareja haciendo cosas extrañas, pegando en la puerta de las casas y vistiendo ropas antiguas. Algunas hablan de hombres trajeados y sin rostro.

A Julia se le hiela la sangre, apaga la radio y aprieta la mano en el claxon. Los coches no se mueven. Baja la ventanilla del coche, pero sigue sintiéndose claustrofóbica. Abre la puerta y sale del coche para caminar. Unos pasos hacia un lado, vuelta, pasos hacia el otro, vuelta.

Una larga fila de coches detrás impide retroceder. Está encajonada. No hay forma de salir de la caravana. Se debate entre ir al colegio o decir que está enferma. Necesita ver a Ángela.

Vuelve al coche y enciende de nuevo la radio. Las mismas noticias una y otra vez en diferentes puntos del país.

—¿Ni un sueño relevante en toda la noche? —pregunta mirando al techo del coche—. ¿En serio? Ni un aviso, ni una señal...

Resopla, deja caer la cabeza en el reposa-cabezas y busca los 40Urban Fm

de nuevo. Lo mismo la música la ayuda a tranquilizarse. Así no puede pensar mucho.

## Capítulo 3

Ángela se planta una sonrisa en la cara y se dirige a su consulta en la calle Ronove. Ese día tiene un paciente y cero ganas de atender a nadie. Berta siempre le dice que escuchar las noticias recién levantada te deja de mal humor todo el día y reconoce que debió hacerle caso.

Saca las llaves del bolso en lo que llega al portal.

—Buenos días, Marcos. ¿Cómo va el taller?

Marcos es el único paciente al que atiende por la mañana algún día que otro. Ángela aprovecha esos días para hacer la compra o atender otros recados.

—Buenos días, Ángela. El museo me sigue dando más beneficios, pero ahí sigue.

Ángela no se ve con fuerzas para reír con Marcos. Tensa un poco su sonrisa y abre el portal. Subir en el ascensor se vuelve incómodo. Sobretudo cuando compara su metro cincuenta y seis de estatura con casi metro noventa que medirá Marcos. Ella abre la puerta ahogando un resoplido.

—¿Estás bien?

—Un poco extraño que le hagas esa pregunta a tu psicóloga, ¿no crees?

Marcos vuelve a reírse y se encoge de hombros. Él tiene dos carreras a sus veintiséis años, restauración e historia del arte. Trabaja en el Museo Interactivo del Lienzo y el taller Moving Art Co, ambos impulsados por él. Al entrar en la consulta ve un cuadro suyo, fue un encargo de Ángela.

A parte del cuadro minimalista de Marcos, la consulta de Ángela cuenta con un escritorio, unas sillas y estanterías llena de carpetas. En una caja guarda los juegos y pinturas para las terapias con los más jóvenes.

—Reconozco que la primera vez que vine esperaba una camilla de esas para los pacientes.

—¿Quieres tumbarte, Marcos? Porque, como no sea en el suelo.

—No soy de ese tipo de artistas.

Los dos toman asiento a lados distintos del escritorio y Ángela enciende la

tablet.

—De verdad que hoy te siento diferente —la examina con sus alargados ojos azules.

—¿Quieres un consejo, Marcos?

Él frunce un poco el ceño. Sus cejas anchas y rectas acortan distancias entre ellas. Se siente tentado a cruzar los brazos tatuados, pero acaba por rascarse el codo. Sabe que cruzarse de brazos es como cerrarse en banda.

—No veas las noticias recién levantado. Te pasarás el día amargado.

—Tampoco me aficiona ver la tele.

Hace una mueca con sus labios. Su barba está bien recortada, tan oscura como los rizos que caen hasta su pecho. En realidad, Marcos es tan moreno y sus ojos tan claros que sus iris parecen blancos y delimitados por aros grises.

—¿Ha pasado algo alarmante?

Ángela entreabre sus labios gruesos. Sus ojos negros destilan miedo. Se remueve un poco en la silla para dejar sus preocupaciones a un lado y centrarse.

—¿Estás escribiendo el diario como acordamos? —pregunta Ángela.

Marcos se resiste a insistir y afirma.

—Sí, claro. De hecho, ahora fluyo mejor con mis obras.

Alguien pega a la puerta. Ángela se levanta con pereza y va a abrir.

—¡Julia! —exclama—. ¿Qué haces aquí? ¿Hoy no trabajas?

—He dicho que estoy enferma. De todos modos iba a llegar tarde.

—¿Atasco?

Julia se carcajea y asiente. Ve a Marcos y mira a Ángela.

—Perdón. Berta me ha llamado y...

Ángela le hace un gesto para que se calle y la sienta al lado de Marcos. Regresa a su silla con tensión en los antebrazos. Cierra y abre las manos

en puños.

—Marcos, Julia también es psicóloga. Trabaja de orientadora en un colegio de Madrid —resalta eso último.

—Encantada, Marcos —Julia le extiende la mano—. ¿Qué tipo de PAS eres?

—Empático —aclara Ángela—. ¿No íbamos a hacer video-llamada mañana, Julia?

—Solo te diré que no tuve ningún sueño relevante.

Ángela se sorprende un poco antes de resoplar de nuevo. Eso es de lo último que hablaría delante de un paciente y Julia lo sabe. Su amiga, por el contrario, sí que anima a los alumnos a analizar sus sueños.

—Creo que será mejor dejar la terapia para otro momento, Marcos.

Él alza un poco su cabeza y escruta a una y otra. Le está costando un esfuerzo enorme comprenderlas y su curiosidad empieza a apoderarse de él.

—En ese caso, ¿por qué no vamos a una cafetería y me quitáis la intriga?  
—propone Marcos.

—¿Qué? —chilla Ángela—. ¡No, no, no!

—¿Por qué no, Ángela? —pregunta Julia con toda la naturalidad del mundo.

—¿Tal vez porque este tema no es serio, Julia? Se va a pensar que nos hemos tirado la noche fumando porros. Estoy yo para perder pacientes.

Marcos se está divirtiendo con la situación. Comienza a asomar una sonrisa que amenaza con convertirse en risa.

—Porros no sé, pero con esas reacciones parece que te has metido tres rallas de coca, tía.

Ahí estalla la carcajada de Marcos. Julia se ríe por lo bajo, y porque Ángela la está fulminando con la mirada. Se endereza en la silla y respira hondo para serenarse.

—¿A qué te dedicas, Marcos? —curioseosa Julia.

—Soy restaurador e historiador del arte.

—¡Oh! Vamos a por ese café, Ángela. Le daremos material para una temporada.

Julia se levanta de la silla y le hace un gesto de apremio a su amiga. Marcos también se pone en pie entre risas. Ángela los mira, bufa y coge el bolso de mala gana. Caminan en silencio hasta el café Azúcar Moreno, en la calle Marbas. Ángela se sonroja más a cada paso. Sigue sin convencerla la idea de contarle nada a su paciente.

Al entrar agradecen el aire acondicionado puesto. Hace demasiado calor para ser finales de mayo. El camarero se acerca a tomar nota antes de terminar de sentarse en una de las mesas del fondo, la más alejada de la gente. Julia pide un capuchino con bebida de avena.

—Otro para mí —dice Ángela.

—Café solo con hielo, por favor —pide Marcos.

El camarero se aleja con un asentimiento. Entonces, Julia se inclina sobre la mesa como si fuese a contar un chisme.

—La única que ha tenido un sueño extraño ha sido Berta y ni lo recuerda, Ángela. Nunca se dieron tantas apariciones en la misma noche.

—Sueños —suelta Marcos.

Julia mira de reojo a Ángela antes de aclarar:

—Berta, Ángela y yo trabajamos con los sueños desde que tenemos uso de razón. Somos lo que podría llamarse brujas de los sueños.

—Empiezas a hablar como una chiflada —masculla Ángela.

Julia la ignora y continúa hablando.

—Ángela es experta en los sueños lúcidos. ¿Sabes lo que son, Marcos?

—He escuchado de artistas que los usan para buscar inspiración en su subconsciente, sí.

—Bien —asiente Julia—. Yo soy más de colarme en los sueños colectivos, esos que comparten mucha gente, y nuestra amiga Berta tiene sueños premonitorios. En otras palabras, sus sueños se hacen realidad, pero sus pesadillas también, y esta noche tuvo una pesadilla muy gorda.

—En otras palabras, tu psicóloga se junta con dos locas de cuidao' —se burla Ángela.

Julia saca su iPhone y empieza a teclear. Amplía una foto y se la muestra a Marcos.

—Ese niño sí que da mal rollo —se ríe Marcos.

En la foto se muestra el rostro de un niño pequeño serio con los glóbulos oculares negros. Julia aparta el móvil de su cara para volver a teclear en el buscador. Deja el móvil en la mesa para que lea una lista de artículos.

—Espera —Marcos vuelve a reírse—. ¿Pensáis que los niños esos son como el de la foto?

—Te dije que nos tomaría por esquizofrénicas, Julia.

Los tres se callan cuando el camarero regresa con los cafés. Los deja en la mesa con la cuenta. Ángela está a punto de esconderse bajo la mesa, así que decide irse al servicio.

Se encara al espejo entre resoplidos y se retoca el pelo.

—Tengo que retocarme las californianas —murmura para sí—. Como si no hubiera cosas más acuciantes ahora, Ángela.

Toma una bocanada de aire y apoya las manos en el lavabo. Le ha costado bastantes años aceptar y querer su cuerpo de 110-95-120, para ahora quejarse de su estatura de metro cincuenta y seis. Sobretudo cuando tiene que cepillar a su caballo Zafiro y las pasa canutas.

Julia deja el móvil con la pantalla hacia abajo sobre la mesa cuando su amiga vuelve a sentarse.

—Berta viene para acá. Llegará en unas horas. Se ha pedido unos días en el curro y yo debería hacer lo mismo.

—Creo que estáis desvariando. ¿Qué vamos a hacer nosotras?

—Llevamos varios años tratando a semillas estelares, Ángela —Julia percibe la expresión de confusión de Marcos—. No sabes lo que eres en realidad, ¿verdad?

Marcos abre la boca y resopla con un silbido. Ángela está al borde de la desesperación.

—¿Por qué viene si puede saberse?

—Ha contactado con el hijo de una víctima —Julia se encoje de hombros—. El hombre de Trujillo que se rompió la cadera. Tal vez pueda contarnos algo de lo que vio.

—¿Puedo saber qué se supone que soy según vosotras? —Marcos las miraba como si tuvieran un cuerno en la frente cada una—. De verdad que todo esto está resultando de lo más extraño y en el museo veo de todo.

Ángela hace un puchero para que Julia se mantenga callada. Pone los ojos en blanco cuando su amiga lo suelta todo.

—Básicamente perteneces a la generación de niños cristal, gente muy empática que se percata de los detalles más ínfimos y cuya finalidad es sanar e integrar a los que les rodea —Julia sonrío de oreja a oreja—. Una de las características que presentan es su fascinación por el arte. Ángela se especializa en tu generación y yo en los niños arcoíris.

—En lo que no te has especializado es en tener la boca cerrada, Julia. Es un paciente y mi trabajo es ayudarle en su día a día. Meterlo en estos temas tan turbios y carentes de lógica va en contra de la profesionalidad. Quedará muy bien decirle a los niños que nacieron para sonreír y soñar, pero la cosa no funciona así con los adultos.

Marcos va a decir algo cuando suena su móvil. Su rostro se va desencajando conforme escucha a la persona al otro lado. Las mira a las dos con incomodidad.

—Ahora voy para allá —afirma él.

Cuelga y apoya los codos en la mesa con el móvil todavía en la mano. Resopla y se bebe el café en cuatro tragos largos.

—¿Va todo bien? —se preocupa Ángela.

Marcos a penas ha separado el vaso de sus labios cuando comienza a hablar.

—¿Os interesaría venir de museo?

## Capítulo 4

Marcos creó el Museo Interactivo del Lienzo como un lugar donde experimentar el arte en primera persona a través de palpar las pinturas e incluso aportar con trazos propios. No encontrarás cuadros reconocidos en él, sino obras en las que todos están invitados a participar y aportar un granito de arena.

El museo se sitúa en la calle Raum, la paralela a Focalor, donde queda su taller Moving Art Co. Desde que Ángela le puso en contacto con Adrián, Marcos puede dedicar más horas al taller, donde crea sus propias obras por iniciativa propia o por encargo y hace restauraciones.

Adrián le ha llamado alarmado y le ha pedido que vaya lo más rápido posible al museo. Apenas le ha explicado el motivo por el que está tan alterado. Julia, Ángela y Marcos se dirigen para allá con la incógnita en la frente.

—¿Te ha llamado Adri? —quiso saber Ángela.

—Sí, pero no me ha explicado mucho. Es como si... —Se para y las ojea a las dos—. Es como si estuviese acojonado.

Julia se gira hacia Ángela.

—Creo que voy a hacer tres cosas. La primera —Saca su móvil—, pedir unos días en el trabajo; la segunda, decirle a Raúl que duermo esta noche contigo y, la tercera, reservar una habitación de hotel por aquí. Esto va para largo.

Marcos arquea una ceja, se encoje de hombros y retoma el paso. Abre la puerta del taller e invita a pasar a las dos delante. Julia parlotea con alguien por el móvil.

—Y yo pensaba que Ángela era la minimalista —se asombra Julia.

En el amplio taller predominan los colores claros y neutros. Julia busca las pinturas, bien guardadas en algún lado, y los lienzos en los que estuviese trabajando Marcos, sin éxito.

—¿Por qué entramos por el taller? —pregunta Ángela.

—Yo también me pregunto lo mismo, pero Adri ha insistido en que evite la entrada principal.

Encuentran a Adri en una silla del almacén. Agita las piernas con intensidad. Es otro paciente de Ángela. A sus dieciocho trabaja cuidando

del museo para que Marcos pueda invertir más horas al taller y estudia una FP de Dibujo, Cómic e Ilustración. Sus cejas pobladas suben y bajan por su frente, sus labios gruesos tiemblan y sus ojos oscuros vibran. Se pasa las manos por la cabeza y la cara despeinando su cabello corto castaño.

—¿Acojonado? Este chico está en shock —habla Julia con el móvil pegado a la oreja.

Ángela busca una silla y se sienta a su lado.

—¿Hay alguien en el museo? —pregunta Marcos.

Adri afirma, niega y vuelve a asentir. Sacude la cabeza y suspira.

—No he abierto, pero creo que hay alguien.

Julia se separa el móvil de la oreja en un movimiento lento y cuelga.

—Crees bien. Ángela...

Responde a la llamada con escepticismo. Julia tiene un monitor delante con vídeos de vigilancia. Las luces del museo son más tenues. En comparación con el taller luminoso, el museo está sumido en la oscuridad. Sin embargo, Ángela consigue distinguir dos figuras corriendo de un lugar al otro. Gira la cabeza hacia Julia.

—¿Son ellos?

Julia niega y señala otro vídeo en la pantalla, la entrada al museo.

—Ellos sí.

Dos niños encapuchados examinan la puerta y pegan en ella. Julia hace una seña a Marcos.

—¿Puedes ampliar esta imagen?

Señala un vídeo que enfoca a dos cuadros. Marcos le da a unas teclas y se amplía. En los dos lienzos hay enormes espirales con dos puntos negros horizontales. Julia y Ángela intercambian miradas y murmuran:

—La Hermandad de los Ojos Obsidiana.

—¿El qué? —pregunta Marcos.

—Ellos saben qué son esos... niños —Julia señala en la esquina superior derecha la imagen de la entrada al museo—. Son como sus adoradores o

algo así. Una especie de secta demoníaca, si es que esas cosas son demonios.

Ángela se mueve hasta Adrián y pone las manos en sus hombros para zarandearlo.

—Dime que no has permitido entrar a nadie.

Adrián comienza a balbucear.

—No los ha dejado entrar, Ángela. Están pidiendo permiso ahora. Los que están dentro son de la hermandad.

Marcos está perdiendo la paciencia. Adrián va a bloquear la puerta que da al museo con una estantería para que no puedan abrirla. Julia pega un grito.

—Hay que salir de aquí, Julia —alarma Ángela.

Julia niega con la cabeza y mira a Marcos. Apenas puede señalar las llaves del taller, que siguen en su mano, para que cierre. Adrián reacciona más rápido, se las arranca y va a cerrar. Mueve otro mueble hacia la entrada al taller.

—Genial —masculla Ángela—. Ratones creándose una ratonera. ¿Qué hacemos ahora? ¿Llamamos a la policía y le decimos que unos niños que no son humanos nos han confinado aquí?

Marcos habla al fin.

—Adri, sube a casa con Julia. Allí no debe haber nadie, ¿correcto?

Adrián asiente y se dirige hacia las escaleras. No sube el primer peldaño cuando busca a Julia. Aguarda a que llegue hasta él para subir. Marcos coge a Ángela por el codo y tira de ella hacia la puerta del taller. Un miedo insoportable los absorbe.

—No les permitas entrar, Marcos.

—No pensaba hacerlo —Se asoma por la cortina que separa el escaparate—. ¿Serán los mismos del museo?

Coloca a Ángela delante suya para que se asome, quien comienza a temblar como un cordero y asiente.

—Esos son los niños que dijo Julia —balbuceó Ángela—. Los dos del museo

sí son humanos.

Unos golpes en la puerta. Ni siquiera han visto aún los ojos, pero el miedo que sienten se los confirma. Marcos se apoya en la estantería que ha colocado Adrián en la puerta.

—¿Sí?

—Buenos días, señor. ¿Podría darnos un vaso de agua?

Ángela retrocede hasta la pared sin dejar de negar con la cabeza. Marcos está en tensión, pero le hace un gesto a Ángela para que se calme.

—Estoy sin agua desde anoche —miente Marcos—. Tendréis que buscar en otro lugar o volver a vuestra casa.

—Es que nuestra casa está lejos y no sabemos dónde están nuestros padres —Una voz más joven—. Llevamos horas al sol y tenemos sed.

—Apenas son las once y media de la mañana —se burla Marcos con nerviosismo—. No podéis llevar mucho tiempo al sol. Largaos porque no vais a encontrar nada aquí.

Ángela se lleva las manos a la boca y ahoga un grito cuando alguien golpea con fuerza la puerta del almacén. Marcos le señala una navaja que suele usar para quitarle el plástico a los lienzos. Ella se tambalea hasta ella y se la acerca.

—Sube a la casa —le susurra al oído.

Ángela mira las dos puertas bloqueadas con terror. Niega cuando Marcos la empuja hacia las escaleras y busca un lienzo y pintura azul. Lo apoya en el escritorio y comienza a trazar líneas. Marcos vuelve a fruncir el ceño confundido. Otro golpe los sobresalta.

—Señor, por favor, seguro que puede ayudarnos —insiste una de las voces.

Lucha contra su cuerpo, tentado a moverse y despejar la puerta. Respira hondo y sus músculos se tensan tanto que teme convertirse en una de sus estatuas de piedra. Ángela corre hacia el escaparate, abre rápido la cortina y cambia el cuadro expuesto por el lienzo que ha pintado. Retrocede varios pasos dejando caer la cortina.

El terror se esfuma. Marcos se asoma por el escaparate y ve los ojos obsidiana de los niños abrirse como platos. Ambos huyen hacia un coche cercano. El conductor va con traje y carece de rostro. Marcos traga saliva e intercambia una mirada incrédula con Ángela. El tercer golpe fuerte la

hace gritar.

Marcos toma su muñeca y tira de ella escaleras arriba. Cierra la puerta de la casa con un portazo a su espalda.

—¡Adri! —grita Marcos.

El joven llega al instante y lo ayuda a mover la cómoda. Ángela aprovecha para buscar su móvil. Julia continúa con el suyo pegado a la oreja.

—¿Policía? Soy la psicóloga Ángela Castillo López y llamo desde el taller Moving Art Co de la calle Focalor —Toma una profunda bocanada de aire, le cuesta respirar—. Dos personas han asaltado el museo e intentan entrar ahora por la fuerza en el taller.

—¿Está sola? —preguntan desde el otro lado.

—No, no. Estoy con el dueño Marcos Silva, el empleado Adrián Macías y la psicóloga Julia Herrera. Dos pacientes y una compañera.

—Mandaremos una patrulla. ¿Dónde están ahora exactamente?

—En la casa de Marcos, sobre el taller. Creemos que son fanáticos de la Hermandad de Ojos Obsidiana. Venían con dos niños como los de las noticias.

Tres segundos de silencio.

—Está bien. Mandaremos dos patrullas.

Adrián sigue arrastrando muebles contra la puerta con Marcos. Ella se deja caer en el sofá junto a Julia. Ni siquiera se distrae curioseando la decoración de la casa. Julia cuelga y guarda el teléfono por fin.

—Berta ha reservado dos habitaciones contiguas en el hotel Castillo Rojo. ¿Los niños se han ido?

Marcos se acerca a ellas y se desploma en el sofá junto a Ángela mientras ella asiente. El apartamento era tan luminoso y minimalista como el taller. La entrada da directa al salón con grandes ventanales donde intentan relajarse. No hay televisión por ningún lado, pero las paredes están revestidas por estanterías repletas de libros.

Adrián está sentado con la espalda apoyada en la última mesa que han movido contra la puerta. En el salón solo quedan algunas estanterías y el sillón en su lugar.

Ángela ve una puerta entre las estanterías de la pared izquierda y un pasillo en la contraria.

—¿Qué has dibujado para que huyeran de esa forma? —curioseó Marcos.

Echa un vistazo de reojo a Julia y murmura:

—El símbolo de Psi-Light.

Marcos la observa unos segundos, se pone en pie y desaparece por el pasillo. Regresa al instante con una carpeta, un folio y un lápiz. Se lo deja a Ángela en el regazo.

—Dibuja ese símbolo y explicadme qué es Psi-Light, la hermandad esa y toda esta mierda.

Ángela empieza a trazar curvas y líneas con timidez mientras Julia habla.

—La fraternidad Psi-Light vela por las tres generaciones de las que te hemos hablado. Un grupo de humanos que protegen y ayudan a los índigo, cristal, arcoíris y los que puedan venir después para que podáis cumplir vuestra misión aquí.

—¿Vosotras estáis metidas en eso?

—Intentamos formar parte de la fraternidad, sí. Pero no conocemos al fundador ni quién más está dentro. Es por vuestra seguridad y la nuestra. De todos modos, todavía nos tienen que aceptar en su club. La cuestión es que se prefiere mantener vuestras identidades en secreto para evitar a curiosos.

Julia se inclina un poco para ver el dibujo que está haciendo Ángela y continúa:

—Después están esos niños que no sabemos qué son y también suponen un peligro para todos nosotros. Todos es todos —destacó Julia—. Los hoo, de la Hermandad de Ojos Obsidiana, sí lo sabrán, pero son sus adoradores y se ocultan en alguna parte del norte peninsular. Es posible que estén organizando a los niños de ojos negros, que se limiten a colaborar con ellos o solo sean unos frikis. Claro que después la organización se extiende a todo el planeta.

—Entonces... ¿vosotras queréis ser una versión española de los ángeles de Charlie? —pregunta Adrián—. Responder a alguien cuya identidad desconocéis.

—Nosotras también tenemos nuestros nombres en clave —aclaró Ángela—. El fundador puede ser cualquier silus. Podría serlo Marcos y

nosotras ni lo sospecharíamos.

Ángela muestra el logo de Psi-Light, donde el caduceo de Hermes forma la vertical de la letra griega psi y se prende una llama en la parte superior.